

ción de la soberanía condal primero, real más tarde, y que determinan una clara transformación en la forma de entregar los territorios por parte del conde a sus vasallos y en el tipo y grado de dependencia que estos conlleven; la diferenciación de sectores resulta asimismo necesaria para el estudio de las formas de explotación señorial en la Cataluña del siglo XII.

Por último, J. C. Schideler recapitula en unas conclusiones que recogen los principales temas tratados a lo largo de la obra. Resume, puntualiza y establece, ahora de una forma lineal, la evolución del linaje de Montcada desde el año 1000 hasta 1230. Excesivamente cauto, tal vez, más que exponer deja entrever muchas de sus conclusiones y por ello quizás margina de ellas el papel de las mujeres en el linaje; éstas, tanto las que desconocemos su nombre y procedencia como las nombradas por la documentación, son un elemento fundamental agilizador y dinamizador del linaje feudal. Lo es Beatriz de Montcada porque es heredera primogénita y porque establece una alianza matrimonial fundamental en el devenir del linaje (hecho que el autor ha sabido elevar a la función de núcleo explicativo del acontecer de este linaje feudal). Pero lo son también aquéllas que procedentes de otros linajes contrajeron matrimonio con los primogénitos de Montcada. En todo caso, los interrogantes que deja abiertos la excelente tesis de J. C. Schideler se encuentran dirigidos precisamente hacia esos otros linajes con los que, a través de mujeres, los Montcada establecieron alianzas.

Blanca Gari

Pierre RICHÉ, *Les carolingiens. Une famille qui fit l'Europe*, Hachette, París 1983, 433 pp.

¿Fueron realmente los carolingios los verdaderos fundadores de Europa? En Spoleto, en 1981, se creyó necesario plantear que el binomio nacimiento de Europa/Europa Carolingia era «un equazione da verificare». Riché no duda, asevera claramente, frente a tantos escépticos, que mucho antes del prodigioso empuje creativo de los siglos XI y XII tuvo lugar en la geografía europea un desarrollo de carácter unitario e imperial, creador en último término de las subestructuras políticas y mentales de la cultura europea. Un fenómeno que estuvo, además, ligado muy estrechamente al papel ejercido por

una familia aristocrática, la de los pipinidas, sus descendientes y allegados. Este es el corazón mismo de la tesis desarrollada en el presente libro, marcado por la nostalgia y la esperanza en el próximo milenio. Pierre Riché está plenamente convencido de que la idea de Europa nace mucho antes que la proliferación del espíritu nacional y que está omnipresente en los hálitos culturales de los *scriptoria* eclesiásticos y en las elaboraciones de la cancillería de estos reyes, herederos de la pompa romana.

El libro en cuestión es una elegante exposición de las complejas tramas políticas (aquí lo sublunar alcanza el protagonismo máximo y se entiende como lo genuinamente «histórico») que condujeron a una toma de conciencia de la casa austrasiana como la nueva potencia cultural, social e imaginaria de Europa. Todo comienza en el creativo siglo VII, donde se forjan sin duda, según piensa Riché, muchos —¿acaso no todos?— aspectos de la naturaleza de la sociedad europea. Después de los bárbaros, los primeros carolingios hicieron del ejercicio público, imperial, el armazón creador que encaminó directamente a conseguir un Estado unitario, compacto, elaborado a partir de una idea: la existencia de Europa como realidad política y cultural.

Riché ordena el libro en cinco grandes apartados. El primero de ellos se refiere al ascenso de la familia de los Pipinidas (pp. 23-64), desde sus oscuros orígenes hasta alcanzar con Carlos «Martel» la preeminencia de facto en el «Regnum francorum». Sutilezas políticas, habilidad diplomática, astucia personal, fuerza psicológica, son los condicionantes que elevan a esta familia al primer plano de la política internacional. En tres generaciones (Carlos el Martillo sería la tercera) alcanzan el poder y ordenan el territorio. Su ambicioso proyecto termina con un «golpe de Estado» llevado a cabo por Pipino en el 751 con la elegante ayuda del papado. Con estas bases se da entrada al periodo de máxima expansión, al que Riché dedica su segunda parte (pp. 73-144); en concreto se trata del doble reinado de Pipino y de su hijo Carlos (751-814). En estos años cristalizan las ambiciones de la casa austrasiana; se alcanza el ansiado proyecto imperial junto a la diadema en la noche de Navidad del año 800. El edificio estaba a punto. Carlos no es tan sólo un jefe de clan, sino un visionario que estuvo muy cerca de alcanzar una estructura administrativa y política para dar forma a la unidad europea. Pero el edificio entra en crisis. El autor dedica a esta crisis toda la tercera parte (pp. 149-199). Agitaciones sucesorias, ambiciones contrastadas, el difícil arreglo de Verdún en el 843, y, de modo especial, ese canto de cisne imperial de la casa austrasiana en la época de Carlos el Calvo donde parecían volver los impulsos creativos y fortalecer las ideas de una edificación imaginaria del sistema político (¿qué papel jugó en

todo esto la figura de Juan Scoto, el Irlandés?). Pero con todo, y a pesar de los esfuerzos de estos grandes aristócratas, el edificio se resquebraja, entra en descomposición y se paralizan los impulsos del centro imperial hacia las regiones. Riché dedica la cuarta parte (pp. 205-265) a estos aspectos de descomposición del Imperio y a la aparición de los principados periféricos entendidos como el auténtico nacimiento de las naciones europeas. Esta parte termina con un análisis de la paradójica y agónica restauración imperial de mediados del siglo X, el acontecimiento más sobresaliente de este siglo, según Riché. Nuevos impulsos creadores del sueño imperial que se oponen eficazmente al proceso de feudalización y señorialización de las tierras de Europa. La muerte del último de los otónidas pone fin al sueño y, como se observa en las proclamas de la época, languidece la idea unitaria en el crepúsculo de una ideología sin salida histórica. Pero, y muy a pesar de este fracaso final, el ambicioso proyecto de los carolingios creó un modelo y un sueño. A ambos elementos dedica una sustanciosa quinta parte (pp. 273-340). En ella, Pierre Riché sale al paso de las recientes tendencias que consideran el modelo carolingio como una época de transformaciones poco profundas y donde los cambios afectaron casi con exclusividad a la superficie de las cosas más que a su auténtica realidad. Esto le permite considerar en la conclusión (pp. 343-349) los presupuestos mantenidos y poner de relieve la importante contribución de los carolingios en el devenir de la causa europea. Listas genealógicas, cronologías diversas, una selecta bibliografía componen el resto del material ofrecido en este libro.

Riché resuelve la ecuación y apuesta abiertamente por los carolingios como los padres de Europa y su modelo político como auténtico esbozo de Europa y no como partida equivocada, para volver sobre el binomio planteado por Roberto López. Naturalmente Riché no aporta pruebas sólidas a esta tesis, en cambio su experiencia y su forma de análisis inclinan la opinión en este sentido: la idea de Europa forjada unitaria e imperialmente. Así pues, en este ensayo encontramos una opinión favorable al carácter unitario y centralizado de la cultura europea, forjada, antes que en la diferencia marcada por la feudalización, en la identidad que creará el Imperio. Y eso hasta el punto que, como dice el propio Riché para finalizar el libro, «dans l'héritage carolingien l'imaginaire a également sa place» (p. 346). ¿Es esto así? ¿Acaso no estamos de nuevo asistiendo a una distorsión provocada por la intensidad de una lectura centrípeta de la cultura europea? ¿De dónde vinieron realmente los impulsos creativos de lo imaginario europeo de siglos ulteriores, de la herencia carolingia o de esas brumosas constelaciones mentales situadas al

oeste, en la enigmática cultura monástica —¿sólo monástica?— que durante los siglos VII y VIII brilló en Irlanda? Solventar esta duda es, hoy por hoy, la verdadera cuestión a verificar. El fondo creativo de Europa queda aún oculto por la pantalla gigante del modelo carolingio, al que este libro aporta un grado de aseveración y con poca justicia olvida los verdaderos focos de creación que, también entonces, estaban situados en la periferia de las grandes construcciones políticas.

J. E. Ruiz Doménech

Miguel Ángel LADERO QUESADA, *El siglo XV en Castilla. Fuentes de renta y política fiscal*, Ariel, Barcelona 1982, 212 pp.

Este último libro del catedrático de Historia Medieval de la Universidad Complutense de Madrid, Miguel Ángel Ladero Quesada, es una recopilación de anteriores artículos publicados en revistas especializadas entre 1974 y 1980 y hacen referencia a las realidades de la Hacienda castellana, especialmente en el siglo XV, aunque no pretende ofrecer un panorama completo de la Historia de Castilla bajomedieval, ni siquiera en este punto concreto de los aspectos hacendísticos.

El primer artículo (pp. 13-58) avanza algunos criterios sobre la política fiscal de la monarquía entre Alfonso X el Sabio y Enrique III. El reinado del primero fue un prodigo de la creación de numerosas fuentes de ingresos, fundamentales y de larga duración en la economía castellana: este rey intenta potenciar especialmente el impuesto directo y su generalización en todos los habitantes del país sobre un criterio asentado en el carácter público, únicamente exigible por la monarquía. Las resistencias sociales a este fenómeno fueron considerables y desvirtuaron en parte el esfuerzo, aunque en muchos aspectos los planteamientos se mantuvieron. Con Alfonso XI y los primeros Trastámaro (entre 1388 y 1406) las reformas fiscales intentaron conseguir nuevos equilibrios entre las fuerzas políticas del país en el momento más crítico de la depresión demográfica y económica bajomedieval. Es muy posible que por estos motivos, y aunque se insiste en el cobro de impuestos directos, las mayores novedades aparecen en el campo de los indirectos, como pueden ser el tráfico y el